

## Bel canto

Por Joyce WARDROPPER

(En Rep. Amer.)

(Con la autora: Ohio State University,  
Columbus, Ohio. U. S. A.)

Allí donde las montañas bajan verdes y suben azules, todas las tardes, al crepúsculo se oyen en el valle los ecos extraños de una música viajera flotando por el aire en ristras grises.

La música viene del coche del señor administrador de la finca. Ya es viejo, el buen señor. Antes sólo a caballo salía, pero ya no resiste. En su lugar, aparecen jóvenes los cuerpos fornidos, bronceados, y las cabezas llenas de las últimas fórmulas agrícolas, dispuestos a cambiar la orden establecida por el buen viejo, ahora que sus fuerzas le faltan, y ya no puede más.

El caballo canela del buen señor queda triste en la caballeriza; hace semanas que no le saca. Ahora, al lado de la caballeriza, cerca de la pequeña pila frente a su casa, se ha puesto otro edificio. Un garage, lleno de motores de muchos caballos de fuerza. Y todos los días, montando en su potro mecánico, el buey viejo se pasea por la finca, saludando a los peones con gesto señorial.

Luego, las tardes, emprende el camino a Infiernillo, la radio puesta. Es su alma que suena. Alma Tica. Y la música, a estas horas siempre la misma. Música de Wagner, de Verdi. *Atta. Pagliacci. Tannhauser.* El buen viejo, los labios juntos, la boca sin mover, va canturreando por la senda tortuosa, y en sus facciones se reflejan las oraciones de Parcifal y la tormenta de Pagliacci. Las notas, altas, tenues, sostenidas se destilan en el aire. Pasa el local, y con sus trompetazos vaporesos y sus silbidos, apaga el bel canto de Alma Tica. El buen señor administrador de la finca y el maquinista del tren se saludan con digna ceremonia. La fórmula siempre es la misma: Dios primero. Sale el tren, ya repleto de su banquete, cuesta abajo, a Puerto Limón. Lleva blancos sacos de azúcar, y pardos de café.

Silencio en el valle. El coche sube lentamente. El buen viejo se quita las gafas, y limpia los ojos con un leve suspiro. Es la hora del ensueño, de las memorias emotivas.

En las tinieblas, el paisaje cambia. Lo que ve no son las verdes faldas aterciopeladas de la montaña, vestida de cañaverales, sino los pliegues de las enaguas de la esclava Aída; la palidez que presencia no es el color mortecino del día que se evapora, sino las mejillas de Margarita, blancas como las gardenias.

El coche, como buen caballo que es, trepa la cuesta precipitosa, dirigiéndose a sí mismo, para que el señor administrador se viva su hora de triunfo, recordada sólo por él. En las alcantarillas, cantan los sapos, un bel canto muy de ellos, tenebroso, raspanto. La Reina de la noche suena su trompa blanca en el concierto del atardecer.

\* \* \*

Entre los bastidores, espera un joven. Ya sale al escenario, Las luces cambian, persiguiéndole, un verde claro, que se hace celeste. Las luces le ponen en silueta contra la montaña trasera de cartón y de lona.

Desde abajo, surgen cada vez más furiosas las notas, hiriéndole al oído. El joven bañado de luz abre la boca, y responde con una aria, pura, cristalina, etérea. Es la música de *Celeste Atta.*

\* \* \*

El señor administrador se incorpora y da un fuerte empujón a la bocina. Las delanteras del jeep se convierten en campo de batalla. El viejo lucha con una imagen. La rechaza, triunfante, y suelta otros dos bocinazos en señal de victoria.

\* \* \*

En la oscuridad, tiene que andar, con cuidado aunque hace veinte años que sube y baja esa cuesta, a la que alguien (¿acaso fué él mismo?) había dado el nombre de Providencia. Por un lado las montañas se alzan la cabeza tocada de pelo verde; por el otro, bajan los cafetales a la línea del ferrocarril que corre al lado del Reventazón en el viejo crater del volcán.

Contra el gris oscuro del cielo se destacan las hojas grandes, puntiagudas del guacamayo y del poró. En el verde oscuro de la noche asoman caritas perfumadas de las flores del café, mirándole asustadas.

\* \* \*

Ya surge otra vez la imagen espantosa, tantas veces reprimida, En la penumbra del teatro un rumor corre por las filas. En los labios de los espectadores una expresión de horror convierte en mueca las sonrisas tenues. El bel canto del joven resuena vacilando ya: las notas falsas hienden el silencio.

\* \* \*

El buen señor administrador de la finca llega a la cruz, allí por Papalico. El camino bifurca: por una mano, se va a La Gloria. Por el otro, la bajada a Infiernillo, que luego llega a la casa vivienda.

El viejo se quita el sombrero de pita que lleva, y se santigua. Dobla a la izquierda, camino al garage. Mira su reloj, uno barato, suizo, que marca bien el pasar de las horas. Es ya tarde, y tiene que preparar las planillas para todos los peones de la finca.

\* \* \*

Al subir las gradas, oye una voz que le habla al oído, tan claro como sonó esa noche en Londres. Era la voz de una mujer.

—Ud. sabe hacer planillas, señor?

Y su respuesta, en voz baja:

—Sólo sé cantar.

—Ah bueno, pero verá que pronto se aprende, puesto que ya no puede seguir por ese camino.

Palabras proféticas. Ya lleva más de veinte años de sacarlas, los sábados por la noche.

\* \* \*

El buen señor administrador de la finca apaga su radio, y se acuesta. Sopla un viento frío del norte. Es el anuncio del fin de los meses de invierno. En el silencio sólo los sapos cantan.

Juan Viñas (Costa Rica) 1958